

Salvador Novo

# Provocador y audaz

Guadalupe Loaeza

*Como un personaje laborioso y de humor ácido, el poeta y cronista mexicano Salvador Novo marcó toda una época de la vida cultural en la Ciudad de México. En esta estampa del autor de Nueva grandeza mexicana, Guadalupe Loaeza recorre el periplo vital de una figura que hizo concordar en su vida y en su escritura un desafío permanente de las convenciones.*

Salvador Novo, ¿excéntrico? Sin duda, Novo ha sido el más excéntrico de nuestros escritores. Era exhibicionista, criticón, tenía una forma de vestir muy llamativa y muy provocadora. Fue quizás el primer *gay* público de México, aunque todo mundo hacía como que no se daba cuenta.

Desde que era adolescente ya se depilaba las cejas, lo cual le daba un aspecto muy ambiguo. Su mirada inteligente lo hacía parecer también muy cándido. Pero si algo no tenía Novo era candidez. Sus amigos le tenían miedo por la acidez de sus comentarios. Por ejemplo, don Jaime Torres Bodet, quien era el político más decente y retraído, le tenía pavor a su audacia, porque, como eran amigos desde su juventud, sabía muchísimos secretos. Cuando la campaña de alfabetización, Novo escribió aquel epigrama que decía: “Exclamó la comunidad, / al saber la novedad, / ¿dejar de ser analfabet, / para leer a Torres Bodet? / ¿qué atrocidad!”.

Claro, Torres Bodet nunca se atrevió a ser él mismo, pero Novo lo demostraba con una llaneza apabullante. Dicen que cuando era muy joven entró al patio de la Escuela de Jurisprudencia con sus sandalias doradas, y

que tuvo que aguantar los insultos y los chiflidos de los desconcertados estudiantes. Lo más llamativo de todo es que Novo esperaba provocar esa reacción, y eso lo divertía. En lugar de hacerlo sentir inferior, lo hacía sentir superior por atreverse y porque ninguno de esos muchachos que se burlaban de él podía negar su talento, su inteligencia y su enorme cultura.

Un elemento quizá tan famoso como Novo era su peluca color zanahoria. Seguramente, todo mundo lo reconocía desde lejos nada más por su tonalidad tan intensa y por su artificialidad. Archibaldo Burns me contó que en una ocasión, saliendo del frontón, tomó un taxi y, al dar la vuelta por el Monumento a la Revolución, reconoció entre las tinieblas a Novo, inclinado mientras un chofer con su cinturón le daba en la espalda. Cuando Novo lo reconoció, le dijo: “¡Vete, Archi, déjame, no es nada, déjame!”. Asimismo, recibía a sus amigos con sus batas chinas, o tenía la audacia de maquillarse y, a veces, cargar con su polvera. Quizás era tan vanidoso como Dolores del Río (su vecina) o María Félix, sus dos grandes amigas.

Con esta manera tan atrevida de ser, acabó por ganarse el respeto de la gente. Era un intelectual al que reconocían en la calle, en Televisa daba su opinión, la gente lo elogiaba y era muy adulado porque todo mundo quería salir en sus crónicas. Era el más trabajador de los escritores, hacía unas comidas memorables en su casa de Coyoacán con las recetas que inventaba o bien con los platillos coloniales. Ir a su teatro era convivir con personalidades como Luis G. Basurto, los regentes de la ciudad, las actrices de teatro, Diego Rivera, Frida Kahlo, Fito Best Maugard, Miguel Covarrubias, Lupe Marín y María Asúnsolo, entre muchos otros. Iba a todos los conciertos, las galerías, las exposiciones y hasta verlo llegar al cine era un espectáculo. Al entrar al Sanborns de Madero, se hacía un silencio de respeto. A mi madre, que era tan peyorativa con los *gay*, jamás le escuché la más mínima crítica en relación con su aspecto. Sin embargo, Novo tenía sus malquerientes, el más notable era Octavio Paz, quien realmente no lo apreció mucho.

Novo usaba un anillo en cada dedo. No viajaba porque decía que los viajes no ilustraban. Le fascinaba poner apodos. Insultaba como lo habrían hecho Quevedo o Lope de Vega. A pesar de ser homosexual, le pidió matrimonio a Beatriz Aguirre. Quería tener un hijo. A todos sus amigos les mandaba en diciembre un soneto para despedir el año. Se enamoraba de policías y soldados. Sin embargo, era el más solitario. No tuvo una pareja permanente, aunque se sabe que tuvo un romance apa-

sionado con Federico García Lorca, cuando se conocieron en Argentina. Incluso, se dice que García Lorca estaba preparando su viaje para venir a vivir a México cuando fue asesinado.

Quizá lo más escandaloso de Novo no lo supieron sus contemporáneos. Me refiero a sus memorias tituladas *La estatua de sal*, que se publicaron 25 años después de su muerte, es decir, en 1999, con un prólogo magnífico de Carlos Monsiváis. Monsi conocía muy bien este libro porque llegó a ir a lecturas privadas que organizaba su autor para dar a conocer algunos pasajes. En este libro, Novo quiso hacer una especie de autopsicoanálisis para tratar de explicarse su personalidad. Ahí cuenta todas sus aventuras sexuales desde que tenía como cinco años.

Relata cómo era la vida en la Ciudad de México en los tiempos de la Revolución, habla de los 41, ya que conoció a algunos de los sobrevivientes de este baile que ocurrió en 1901, en el cual se encontraba el yerno de don Porfirio. También cuenta la vida de los travestis, así como la vida privada de sus amigos. Era un libro que todo mundo temía, sus amigos y sus enemigos, porque sabían que muchos años después iban a aparecer en estas memorias sin censura.

Novo murió en 1974. Ahí sí que no le valió su respetabilidad, porque se le negó la Rotonda de los Hombres Ilustres y se le enterró en el Panteón Jardín. Seguramente, le habría gustado ser enterrado con su peluca roja y sus diez anillos. **u**



Salvador Novo

